

EL MOSAICO.

Año I. Santiago, Diciembre 8 de 1860.

Núm. 21.

EL MOSAICO.

SANTIAGO, DICIEMBRE 8 DE 1860.

Nuestra política en el exterior.

Compulsando todas las memorias que, con respecto a las relaciones exteriores de la República, se han presentado hasta aquí a las Cámaras por los Ministros del ramo, tendremos la eterna novedad de que Chile se halla en paz con todo el mundo, i que su política de *absoluta prescindencia* ha sabido librarla de mil conflictos que de otra manera habrían interrumpido indefectiblemente sus relaciones amistosas con las demas potencias. Esta conducta, que en sentir de nuestros gobiernos ha sido la mas justa i sabia que podria imaginarse, ha dado, sin embargo, motivo para que, en mas de una ocasion, personas que estiman mas el decoro público que el egoismo gubernativo, se hayan avergonzado como chilenos de *esa absoluta prescindencia* a que han querido condenar a la república los que no ven en ella sino un patrimonio de que se debe gozar sin acordarse de los compromisos que este mismo bien les impone.

¡Paz con todo el mundo! Política prescindente!...

Las repúblicas de San Marino i de Andorra tambien podrian decir otro tanto i sin que nadie se atreviese a decirles que hacian mal en decantar tan cristianos propósitos. Las tribus bárbaras del Orinoco diríanlo tambien en su dialecto i sus arcos i sus flechas suspendidos de los árboles en señal de paz i concordia serian para quienes los contemplasen un motivo, en mil razones fundado, para aplaudir tan benéfica mansedumbre. —Pero ¿sería lo mismo, preguntamos, si la Francia presenciando los horrores de que ha sido teatro la Siria se mantuviese reclinada en su modorra, como dice Luis Blanc, observando esa política *prescindente*, que de seguro envolveria su descrédito i vergüenza? Cuando la Rusia amenazaba a la Turquía, cuando la desmembraba para acrecentar sus estensos dominios i hacer que el espíritu Tártaro se extendiese mas allá de lo que permite lo que se ha llamado el equilibrio Europeo ¿qué tal habria sido la conducta de la Francia i de la Inglaterra, si sus ministros hubiesen repetido a las Cámaras lo que nos

han contestado los nuestros en el espacio de diez años? Cuando el Dei de Arjel llevó su insolencia hasta dar con el abanico en la cara del Cónsul de Francia ¿qué tal habria sido, volvemos a preguntar, el proceder del gobierno de Carlos X si no hubiese salido inmediatamente el mariscal de Bourmont a contestar a cañonazos aquel grosero ultraje hecho a la nacionalidad Francesa en uno de sus representantes?

Al hablar así, no queremos decir que Chile ha debido ni debe comprometerse en una guerra extranjera, no teniendo para ello un verdadero motivo, ni aconsejándose su propia conveniencia, como se lo aconsejó en 1837 al llevar sus armas contra la República Peruana. Nó, nada de eso; lo único que queremos decir i probar es: que en nuestras relaciones extranjeras siempre ha presidido ese espíritu apocado i mezquino que ha dado májren, mas de una vez, a que se crea que la República Chilena no hace el papel decoroso i digno que le está señalado por el lugar que ocupa entre sus hermanas.

Si esto no es cierto ¿cómo se explica esa paz Octaviana con Bolivia, con quien ya hemos *prescindido* absolutamente hasta de discutir i arreglar de un modo definitivo el límite norte de nuestro territorio? «Un palmo de terreno, decia Casimiro Perrier, disputado a la Francia debe revindicarse como si fuera una provincia: el corazón i la dignidad francesa están en todas partes donde ella respira.» —Pero nó, ¿qué importaba ni puede importar al gobierno que nuestro territorio esté completo i que la justicia i el derecho en la posesion de las tierras disputadas se ponga en duda o se pretendan burlar por un pais vecino?

Segun este mismo principio, estamos en paz con Buenos-Aires, con quien tambien hemos *prescindido* de arreglar el límite Sud-oeste de la República, i eso que de allí hemos recibido folletos oficiales en que constantemente se nos cobra lo que de derecho nos pertenece. Pero qué! la posesion lejitima de las tierras australes de nuestro continente ¿es por ventura ni puede serlo un motivo para que nuestro gobierno salga de esa política *prescindente* que tanto parece honrarlo en el extranjero, segun se vocifera por sus Ministros?

Así estamos en paz con Norte-América, porque hemos *prescindido* de averiguar i reclamar

a tiempo las horribles matanzas, las tropelías, los ultrajes de todo jénero de que han sido víctimas nuestros infelices compatriotas en California, en ese opulento territorio para toda nacionalidad ménos para la nuestra, que ha venido allí a encontrar, como habria podido bajo el cetro de la España, su ignominia i su sepultura.

Así hemos estado en paz con los filibusteros yankees, con los saqueadores licenciados de aquella gran república que ha querido imprimir ese baldon i causar ese esterminio sobre la raza latina, en la pobre raza nuestra, i como si los pueblos, por débiles que sean, no estuviesen protegidos por la conciencia imarcesible de sus derechos. Pero todo esto ¿qué valía para nuestro paternal gobierno? ¿Qué podia importarle cuando el rifle del Norte-Americano no le arrebatava ni una hora de su tranquilo poderio, ni un instante de lo que él llama su ventura, apesar de no ser para nosotros mas que una bochornosa servidumbre? Si, hemos estado en paz con el *filibusterismo* organizado, con ese último oprobio impreso sobre la frente de nuestra desgraciada América, i tanto que las notas cambiadas entre los ministros del gabinete de Washington i el nuestro i las recepciones oficiales de sus representantes por el jefe supremo no han sido otra cosa que laudatorias encomiásticas, que mútuos cumplimientos mentirosos, en que la burla ha estado de parte del fuerte i la vergüenza en todo su colmo para nosotros.

En medio del universal clamoreo de la prensa Sud-Americana, cuando los acontecimientos de Centro-América eran ya un escándalo insoportable para todas las naciones i cuando ya nadie que tuviese sangre en las venas podia ménos que exclamar: *basta de política prescindente, basta de martirios!* cuando no habia ya que indagar si Nicaragua era un pueblo de esclavos destinados al degüello para sentir rebosar del corazon la indignacion i la cólera ¿qué creéis que hacia i decia nuestro gobierno, este gobierno que levanta estátuas de yeso a la libertad Americana, a la Confederacion de todas las repúblicas de este malhadado continente? Dormia, se hacia sordo, ciego ante tales sucesos, i ufano mas que nunca a la vista de tantas atrocidades i barbaries volvia a exclamar como todos los años en la apertura de sus congresos: *estamos en paz con todo el mundo!* Nuestra política exterior sigue tranquila por su *prescindencia!*

¡Dichosa paz! ¿no es cierto? ¡Dichosa prescindencia! ¿no es verdad? en medio de tanto crimen cometido contra una república hermana!

¿I como es, se preguntaban todos, que esta nacion que ha sido dos veces libertadora del Perú, que ha paseado triunfante sus es-

tandartes por los mares del Pacífico, que disfruta de bienestar comparando su suerte con la de los demas pueblos de nuestro orijen, que tiene un ejército poderoso, exorbitante en las circunstancias normales en que se halla, puede contemplar impasible la ruina de una nacion amiga i hermana, ver el latrocinio, el vandalaje triunfando descaradamente de la inocencia i del derecho sin exhalar una sola queja, ni hacer una sola protesta? Por qué? repetiamos nosotros; porque el gobierno ha prometido en sus relaciones internacionales *una absoluta prescindencia*, porque el gobierno sigue el sistema de *prescindir* de todo aquello que no le importa.

Para romper siquiera esta profunda modorra fué preciso que Costa-Rica, decidida ya a hacer frente al *filibusterismo* i colocada a la cabeza de la alianza Centro-Americana, enviase cerca de nuestro gobierno un encargado para qué, despues de informarle de los sucesos que parecia ignorar segun lo daba a entender su conducta, recabase su ayuda con el fin de resistir al ejército de piratas i filibusteros que amenazaba el norte de nuestro continente.

A esta demanda de auxilio tan natural en un pais amigo i cuya negativa abierta i franca no habria podido ménos que revelar estrechez i falta de patriotismo en las miras del gabinete, se contestó, como recordaremos, con unos cuantos cumplidos i cortesías, ofreciendo en consecuencia enviar un Ministro diplomático para que se informase de la verdad de la situacion que tanto se deploraba.

Verdad es que la situacion de las repúblicas invadidas por los yankees era pública, notoria, que los atropellos de estos escitaban hasta en Europa la compasion de los diarios; que toda la América Española contemplaba tímida i horrorizada los triunfos del vandalaje; pero nada de esto habia podido, como se vé, llegar a oídos de nuestro gobierno, i la *prescindencia*, sobre todo, le obligabá sino a la ignorancia absoluta de estos hechos al ménos a la cautela i la circunspeccion de que con tanto tino hizo uso con el emisario de Costa-Rica.

Por fin, despidióse al encargado de pedir favor con mil protestas de buena voluntad, i tras de esto zarpó de Valparaiso un agente diplomático, enviado con el objeto de *informarse, de tomar lenguas* sobre lo que se sabia hasta en Lóndres i Paris i habia asegurado ya hasta el cansancio el enviado costarricense.

La ignorancia de nuestro gobierno, como ya lo hemos repetido, era profunda, i tanto que en la memoria de 1858 tenemos el placer de ver en letras gordas este precioso párrafo:

«La falta de comunicaciones directas e inmediatas entre ellos i Chile no habia prometido al gobierno estimar debidamente (oid) el carácter i tendencias que *las trabajaban.*

«Carecía de datos auténticos, de antecedentes oficiales (i habia venido un emisario) precisos i perfectamente caracterizados, para resolver de punto fijo en una cuestion (i las matanzas llevaban ya tres o cuatro años,) que podria traer compromisos mas serios, consecuencias que habrian afectado a los intereses mas caros i vitales del pais.»

«Para obrar con la prudencia i circunspeccion debidas, se acreditó un agente diplomático de los gobiernos de Centro-América a fin de que, estudiando los hechos en el teatro mismo en que se desarrollaban, gestionase con arreglo a sus instrucciones los asuntos de que iba encargado, suministrase al gobierno todos los datos e informes que fuesen conducentes para ilustrarle sobre la *naturaleza, espíritu i tendencias* (que lerda o que inocente es una administracion que necesita que se deguelle a todo un pueblo para ilustrarse) de un estado de cosas tan anormal i lamentable.»

«Afortunadamente nuestro encargado de negocios dejó a Costa-Rica en los momentos en que el *usurpador* de Nicaragua (aquí parece ya que estaba ilustrado) acababa de rendirse a la discrecion de las fuerzas que defendian la nacionalidad de esta república.»

Felicidad, i no pequeña, fué ciertamente para nuestro encargado de negocios llegar a los postres de esta refriega, pues habria sido digno de verse el papel que hubiese desempeñado en tal conflicto, no llevando instrucciones sino para *informarse* i volver la espalda, si es que el caso parecia mostrarse recio.

Eso de que un ministro, como dicen los tratadistas, lleva en semejantes ocasiones su espada i sus charreteras en la maleta i que de tras de el allá van los vapores i los cañones, de seguro que no habria sabido a almendras al diplomático ni ménos que esto pudiese pasarse por las telas del juicio al gabinete que solo hacia esta mision exploradora por el que dirán, para no hacer en fin un papel indigno en esta contienda del Americanismo del Norte con el del Sur, o en otros términos de la invasion de la fuerza i de una raza estraña contra nuestra nacionalidad i nuestra sangre.

Pues todo esto era lo único que se necesitaba; *recojer datos* era lo que pedia el caso; i así fué que nuestro encargado de negocios se llevó *informando de la verdad* de la situacion mientras Walker acechaba el momento de volver a caer con sus hordas sobre la desventurada Nicaragua, que tanto i tan neciamente habia contado con nuestro amparo.

Lo único si que puede echarse en cara al gobierno es que ya que su Encargado de Negocios llevaba instrucciones para *informarse*, nos haya soplado su ministro en la memoria de que hacemos mencion, *que Walker se rindió a discrecion*, pues hasta el periódico frances *La Presse* dijo: que Walker habia capitu-

lado, i que en esta capitulacion intervino en primera línea el Comandante de una fragata Norte-Americana. Ademas, debió decir que en la dicha capitulacion habia condiciones impuestas por Walker enteramente bochorrosas i humillantes para sus vencedores i por lo mismo que herian el amor propio de nuestra embajada puesto que para nada se habia contado con ella en el asunto—Pero ya se vé, la *prescindencia* obliga muchas veces a los gobiernos a pasar por bajezas que no tolerarian los particulares! Como el gabinete en materias de relaciones exteriores, como lo venimos probando, no ha estado nunca en autos de lo que se pasa, no se estrañará tampoco que en la ya citada memoria se encuentren estas palabras que acreditan mas que nada lo que decimos:

«Habiendo llegado a noticias del gobierno ciertas agresiones ejecutadas contra los chilenos en el pueblo de Banderitas, se ordenó al cónsul de la república de San Francisco que recojiese datos exactos e imparciales sobre lo ocurrido para hacer en vista de ellos las gestiones necesarias ante el gabinete de Washington.»

«El cónsul ha manifestado en contestacion la dificultad en que se halla de procurarse esos datos, por causas independientes de su voluntad. Entre los chilenos que presenciaron los sucesos muchos se han retirado ya de California, otros se han dispersado por los minerales i los pocos a quienes ha sido posible interrogar, temerosos de concitarse nuevos ódios o de provocar las anteriores agresiones, se han resistido a esponer bajo su firma la relacion de los sucesos.»

«Para poder adelantar en las investigaciones habria necesitado el cónsul trasladarse a los puntos en que tuvieron lugar las tropelías o en donde se hallaban a la sazón los individuos que pudieran deponer sobre ello; pero careciendo de fondos (siempre escasean para todo lo bueno) con que subvenir a los costos crecidos que demandarian estos viajes, tuvo que limitarse a otras diligencias de que he dado cuenta.»

Mui bien! soberbio! ¿Pueden verse mayor interes, mas viveza, mas cordura en las relaciones exteriores? ¿Habrá alguien tan desnaturalizado todavia que al leer solo esta preciosa i sentida relacion no esclame bendiciendo a la mano que tanto nos protege en el extranjero, que tanto defiende nuestra nacionalidad hollada, i que tantos sacrificios le merece el infausto destino de sus compatriotas?

Diez años hacia, sin embargo, que los chilenos estaban emigrando a California; diez años que para encontrar algunos pocos unos cuantos trozos de oro, estaban casi todos condenados a la espiacion i al suplicio; diez años que las lágrimas, los padecimientos i la muer-

te, dada violentamente por el yankee audaz i famélico, los diezaban con escándalo i hasta hacer ablandar el corazon de una fiera. Pero de nada de esto podia tener noticia el gabinete ¿i para qué? cuando lo que nos importa son las rencillas interiores, cuando lo que conviene es que se disminuya el número de los descontentos, cuando lo único que puede complacernos es abrir las puertas de la patria para que corran sus hijos a la miseria i a la muerte.

Con todo, como se culpaba la indolencia inaudita de la administracion, como se motejaba hasta por los mismos que se dicen afiliados en sus banderas, ese culpable indiferentismo que acredita la falta de amor patrio, nuestro gobierno creyó salir airoso de todo conflicto, cancelar, en una palabra, con lo que le exigia la opinion pública, *pidiendo datos*, que es lo único que ha sabido hacer en nuestras relaciones exteriores, al cónsul chileno, quien ni podia ni estaba en el caso de haber arreglado decentemente siquiera un asunto de tanta importancia i trascendencia.

A oídos de todos han llegado las atrocidades verificadas en California contra nuestros compatriotas por los Norté-Americanos, los desmanes cometidos por las autoridades mismas que han concurrido a ellos o con su accion o con su connivencia; pero ni los lamentos de los infelices a quienes se degollaba, ni los suplicios de los que pedian amparo al gobierno de su patria, ni los clamores de los mismos que presenciaban aquellas escenas de esterminio pudieron abrirse eco por entre las rendijas de las murallas de hierro que sirven para defender a los descorazonados mandatarios que nos oprimen, i cuya política en el interior es tan inflexible i desapiadada como blanda e indecorosa tratándose de dejar bien puesto en el extranjero el decoro público.

Si no era posible que el cónsul Chileno en San Francisco hiciese una formal averiguacion de los hechos que hemos dicho, sino le era tampoco hacedero gastar unos cuantos pesos para informarse de como i porqué habian perecido tantos chilenos ¿como es que se dice que el gobierno atiende a todas nuestras necesidades interiores i hace respetable nuestra nacionalidad en el extranjero? Si es ignorancia de los hechos, culpable es esta ignorancia, culpabilísimo este abandono, esta incuria, esta pereza, i si no lo es tal, como lo creemos i lo creen todos, la culpabilidad a este respecto raya en un delito contra la patria que no tiene nombre, i cuya trascendencia es revelar a los demas pueblos, que fuera una vez de los umbrales de la patria se nos puede castigar como se quiera i sin obligacion ninguna de responder a los que nos rijen de los atentados de que fuéremos víctimas.

Quando se ha empleado i se emplean en gas-

tos inoficiosos nuestras rentas, cuando se usa la fortuna pública profusamente en tantas cosas que son verdaderamente inútiles ¿faltaba al gobierno una cantidad que estraer del tesoro público que maneja para pagar un encargado de negocios en California en esas circunstancias, i hacer por medio de las reclamaciones que todos los pueblos en semejantes casos hacen valer, que se nos diese siquiera por las autoridades de San Francisco una satisfaccion que medio paliase tantos desacatos? A buen seguro que nadie habria reprobado un gasto cualquiera destinado para ese fin, a buen seguro que nadie habria dicho entónces lo que ahora se repite cuando se piensa en la legacion a Roma que va a salir i en las muchas comisiones estraordinarias que a cada paso se inventan con el fin de premiar servicios particulares, que deben solo corresponderse con la propia fortuna i no con la del pais destinada para sostener sus necesidades i su decoro.

¿No se ha tenido al señor Perez Rosales mucho tiempo en Hamburgo, encargado exclusivamente de buscar adornos para nuestros paseos? ¿No se comisionan todos los dias agentes para este o el otro negocio que nada importan al pais, pero que este los paga bien caro i con lo mismo que necesita para su vida? Mas, que se gaste en traer Neptunos de bronce, en internar estatuas, en pagar Ministros diplomáticos sin objeto ninguno, en sostener un ejército que dentro de poco absorberá todas nuestras rentas, todo esto es lejítimo, justo, preciso, asi como no lo sería que el gobierno hubiese nombrado un agente autorizado para averiguar los asesinatos de chilenos en el pueblo de Banderitas ni en cualquier otro en que se nos asase en unas parrillas como a San Lorenzo.

Pero no hai que aflijirse, pues, si se repiten por desgracia, tales sucesos, el gobierno volverá a *pedir datos* i a estar dispuesto como lo dice la memoria «a activar el asunto, i tan pronto como se halle en posesion de antecedentes seguros, a hacer las reclamaciones que sea de justicia.»

Despues de esto ¿para que apurarse? Con la política exterior que seguimos, bien seguros estamos; así debe asistarnos la confianza de que no habrá pueblo que quiera en lo sucesivo, segun lo caro que le cuesta, ultrajar nuestro pabellon en la frente de ninguno de nuestros hermanos.

Tan verdadero es este pronóstico, que ya hemos visto lo que ha hecho el gobierno en la cuestion del Ministro Alvear con los emigrados i lo que hará en el Perú i en cualquiera otra parte en que tengamos, lo que se llama tan ampulosamente, relaciones internacionales, i sobre todo en donde se asilen sus enemigos.

Con todo, esa política de que tanto se ufana

i a la que parece dar tan grande importancia, no es mas que la caricatura de ese sistema que adoptó Luis Felipe para herir los sentimientos caballerescos de la Francia, i al cual debió despues de un largo padecer de la nacion su vergonzoso destronamiento.

Por este rei, a quien con tanta justicia se ha calificado de *monarca mercader*, la Francia tuvo que negar su amparo a la Béljica, llena de fé i de esperanzas en el porvenir: por él tambien tuvo que pasar por el dolor i la verguenza de negar su proteccion a la infortunada Polonia que se debatia entre las cadenas clamando favor al pueblo que se dice i ha sido siempre el defensor de los oprimidos: por él en fin, como dice un escritor filósofo, «la Francia no fué por mucho tiempo ni el cerebro ni el corazon de la Europa, i abatido su lejítimo orgullo perdió el rango de potencia de primer orden.»

No quiero que la sangre francesa corra sino por la Francia, decia a Thiers este rei tan ingrato para sus favorecedores como pequeño para con sus enemigos: i por cierto que en esta palabra está simbolizada toda su *politica de prescindencia*, toda esa paz bochornosa i degradante que disfrutó la nacion en su malhadado gobierno. El jeneral Jackson insultó a la Francia en un mensaje público, i Luis Felipe contestó con cumplimientos, con *bon mots*, con agudeza digna del tiempo de la rejencia. — Cuando el casamiento del Duque de Montpensier con la Infanta de España, recibió iguales ofensas de la Inglaterra, i volvió a replicar el Napoleón de la Paz, como se le llamaba, con otros cumplidos todavía mas repugnantes i envilecedores.

Hé aquí, aquí está la norma de nuestra política de *absoluta prescindencia*: aquí está la base de ese sistema que, por otra parte, se quiere desmentir con brindis a la Confederacion Americana i con estatuas de yeso que el calor i la lluvia resuelven al otro dia en polvo como en testimonio de los fugaces que son las obras de la hipocrecia o de la mentira.

En resumidas cuentas ¿qué trabajo dan a nuestros ministros las relaciones exteriores? ¿Qué son estas, a que viene a quedar reducido todo ese lujo pampanoso de palabras con que se ajita el aire? A nada, a una nulidad absoluta, a no ser que se cuenten por algo los *tratados i las convenciones* que de tiempo atras se están haciendo para decir que algo se trabaja.

Sin embargo, ¡viva la paz con todo el mundo! viva nuestra *politica de prescindencia*!

MANUEL BLANCO CUARTIN.

Correspondencia.

La correspondencia que a continuacion insertamos, creemos será mas que suficiente para probar que lo que se ha dicho respecto a

los abusos cometidos en las calificaciones no es sino una verdad palpable.

Circunscrito el autor a un solo hecho i no pidiendo a la pasion ninguno de sus colores, fácil es concebir que el suceso que se denuncia no es mas que uno de los muchos que ya se saben. En este concepto, la persona a quien va dirigida esta carta, no podrá ménos que reconocer justicia en los que la reclaman. ¡Dios quiera que así sea!

Señor Don Antonio Varas.

Señor:

Retirado de la política activa i partidario de los principios que habeis combatido, no he dejado por eso de seguir siempre con interes la marcha de los negocios públicos, i profesaros el respeto que merece vuestra honradez i vuestra reconocida intelijencia. Persuadido como estoi de vuestro desprendimiento i de la verdad de vuestra palabra, cuando habeis asegurado que estais desnudo de aspiraciones, i no pretendéis la presidencia, no puedo ménos de creer firmemente en la rectitud de vuestras intenciones, i que en los trabajos públicos no teneis otro anhelo que el de procurar la prosperidad i el engrandecimiento de la patria. Esta conviccion es la que me ha decidido a denunciaros un hecho reciente, que no podrá ménos de merecer vuestra desaprobacion, vuestro enojo, i que es preciso conozcais para que por respeto a la lei, a la decencia i moralidad pública, i a vos mismo, trateis de imprimirle vuestra condenacion.

Como no tengo el honor de trataros personalmente i voi a hablaros de un asunto público, he preferido el órgano de la prensa.

En la mesa calificadora de la parroquia de Tango, a mui pocas leguas de la Capital, se comete hoi un atentado punible i altamente vergonzoso. Los ciudadanos que pueden acreditar allí sus aptitudes para el ejercicio de los derechos políticos, son efectivamente inscritos en el registro, pero no reciben el título de su capacidad electoral, pue seste queda en poder de los mismos señores calificadores. Envano instan los ciudadanos por la entrega de un documento que solo a ellos puede pertenecer; sus quejas son desoidas; i las calificaciones por consiguiente, quedan en manos del presidente de la mesa, don Pedro Pablo Bustamante, como testimonio vivo de un despojo tan violento como inaudito.

No declamo señor, ni pinto con el colorido de la pasion hechos sencillos i vulgares. No, pero ¿con qué nombre podria calificarse tan atroz atentado? Si el que haciendo una vil mercancía del primero de sus derechos i deberes para con la patria, recibe o da dinero para colocar en la urna electoral un voto que no es la espresion de un sentimiento puro

i patriótico, comete un delito que excita la indignación pública i el castigo de la lei ¿cómo designar el proceder de los guardianes de esa misma lei, que en el ejercicio mismo de sus funciones osan arrebatarse ese derecho sagrado e inviolable a que precisamente han sido llamados a proteger? ¿qué pensar del respeto por los derechos del ciudadano? Qué de la conducta de esos funcionarios al presenciarse tan vergonzosos abusos? La conciencia pública se indigna, i no puede ménos de irritarse, al considerar que en lugar de la pureza, de la honradez, de la dignidad de los que han recibido el encargo de velar por la conservacion e integridad de sus derechos, se ve el fraude, i el cinismo mas descarado.

Que léjos habria estado yo de hacer semejante relacion, sino hubiera podido palpar, por decirlo así, por mí mismo, la justísima cólera de las víctimas de tan atroz engaño; cuántas de estas se han presentado a las puertas de mi casa a desahogar la indignacion de que se hallaban poseídos!

Para los que observamos en los acontecimientos humanos algo mas que las apariencias, para los que elevando un poco mas nuestras miradas, vamos estudiando las causas de la prosperidad o de la ruina de los estados, para nosotros, digo, no pueden pasar desapercibidos hechos de esta naturaleza; porque en el ejemplo funesto que ellos dejan, encontramos un jérmén de corrupcion, un peligro para el porvenir.

Señor, cuando es ya del dominio público el proceder ilegal i atentatorio del mas vecino de nuestros gobernadores, cuando pocas leguas mas allá se cometen los desmanes que os denunció ¿qué pensar de lo que sucederá léjos del centro del gobierno, i léjos de la residencia de la parte mas ilustrada i respetable de la nacion?

Nadie mejor que vos, señor Ministro, conoce cuan funestas son al pais las faltas, las graves faltas de los que en cualquiera escala ejercen algunos de los ramos del servicio público. Nadie tampoco comprenderá mejor la necesidad de condenar i reprimir los tropelías que os denunció.

¡Ai de los gobiernos, ai de los estados, cuando hollado el respeto a la lei, a la sociedad, i a la propia conciencia dejan que se arrastren los funcionarios públicos en el fango de las corruptelas! Ah! una vez lanzados en esa corriente, se pierde hasta el sentimiento del honor, de la propia dignidad; i entónces ¿quién es el que puede contenerlos en su carrera? ¿quién el que sujetaría el desborde de las pasiones políticas exaltadas, azuzadas con el desprecio a la lei i la burla de los derechos mas sagrados?

Entónces, señor ¿cuál sería la garantia del orden público i el apoyo de los gobernantes? El ejército:

el ejército tan leal, tan heroico, tan decidido siempre en defensa de las autoridades constituidas, tan pronto en todos los peligros ¿conservaría pregunto yo, esa lealtad, esa desicion, ese denuedo que tanto le honran? No, mil veces no, el soldado chileno solo combate en las filas del honor i de la lei pero no contra sus hermanos.

Hai, señor ministro, en el hecho que os denunció, una circunstancia a que no presto valor alguno, pero que repiten sin cesar los que de él se quejan. El presidente de esa mesa calificadora, el principal autor del atentado, es un individuo ligado a vos por lazos de familia no mui lejanos. Junto a él se ha encontrado tambien alguna vez otro que os pertenece aun mas de cerca. Los que no os conocen bien, los que como yo no están persuadidos del desinterés de vuestra política, creen ver en esa obra sino vuestros consejos, al ménos vuestra aprobacion o vuestra tolerancia. ¿a qué otra causa padria atribuirse esta conducta cuando se os ve el alma del partido que hoi ocupa el poder, cuando se recuerda que los mandatarios todos de las provincias son vuestros adeptos personales, cuando se mira al círculo que os rodea lanzarse así en el campo de una lucha descubierta i sin embozo? La opinion pública teme pues mucho i con fundamento, que los que dirijen la política olviden lo que deben a la nacion, i pretendan al fin imponerle un mandatario a su antojo, sin ver que seria anegarla de nuevo en sangre i en un mar de calamidades.

Por la dignidad del alto puesto que ocupais, por el honor del pais i el respeto a la lei, por vuestro nombre mismo, no autoriceis, señor, con vuestro silencio sucesos tan denigrantes. Haced, pues, que la nacion sepa que no ambicionais un honor, que apesar vuestro pretenden ofreceros vuestros correligionarios, que no solo no aceptais, sino que rechazais, un don manchado e impuro que intentan regalaros los que no conocen bien la nobleza de vuestras intenciones. Dad en fin, a la patria el consuelo de sentir, que si hai en la última escala de sus servidores hombres que desconocen sus deberes, hai tambien en los primeros puestos, majistrados íntegros que saben posponer ante las aras del bien público su propia i lisonjera conveniencia.

Dispensad, señor, la libertad con que me he permitido hablaros, dignándoos no ver en mis palabras otra intencion que el deseo que se repriman abusos indecorosos, i se eviten los males a que pueden dar lugar, atendida la crisis porque pasa la República.

Vuestro, etc.

N. S.

El Valer i la Cobardía.

FÁBULA.

«Esa corona, esa cinta,
Ese incienso i esa gloria
Son para mí: ya la historia
Me presta papel i tinta.

I qué! despues de haber dado
Al pais independendencia,
Mi sangre haber derramado
Combatiendo con conciencia;
De haber hecho que la Historia
Guardé en su rico Tesoro
De nuestra patria el decoro,
El valor, virtud i gloria;
¿Vendrias tú a disputar
Los premios a un veterano,
Que desde niño hasta anciano,
No supo mas que guerrear?

¡Oh nó! si mi cruz te dieran,
Mis charreteras tirara,
Mi espada despedazara
Si tal mengua les hicieran.»

Señor, espere un momento,
No tan pronto se arrebate;
I permítame que trate
De esponer mi sentimiento.

Así dijo mui turbada
La Cobardía al Valor,
Mas él refrena el furor
I suelta la carcajada.

Habla, pues, dice el anciano,
Es fuerza la cortesía
Si con damas se porfía;
Pero habla pronto i no en vano.

Estas palabras aliento
Inspiran a la heroína,
Que, aunque cobarde, imajina
Que ha llegado su momento.

«Habeis de saber, señor,
Principia dando un tocido,
Que si vos habeis servido
Combatiendo con valor;

Yo tambien siempre he prestado
Servicios de mucha cuenta,
Cortejando al que se sienta
En el sillón empinado.

Saliendo en las procesiones,
Del diez i ocho en la parada
A qué mi vírjen espada
Reciba honor i atenciones.

I jugando la malilla
(Se entiende sin echar bola)
Con el hombre que en la silla
Está pegado con cola.

I tomando sendos mates
Con todos sus lisonjeros,
Que entre eructo i disparates
Son de cierto los primeros.

Ademas ¿no haceis memoria
De cuando yo fuí Intendente,
I encarcelé tanta jente
Del gobierno para gloria?

¿Lo recordais veterano?
¿No haceis memoria de aquello?
¿Cuando pasé yo a degüello
Desde el niño hasta el anciano?

¿Cuando yo con la metralla
(Se entiende bien escondido)
Dejé el terreno barrido
De aquella brava canalla?

Esto es en cuanto a guerrero;
Mas cuando fuí magistrado. . . .
Oh! nadie me ha disputado
En esto el lugar primero.

—Sí, señor ¡i en qué ocasiones
He ganado voluntades!
Digo a usted que hubo elecciones
Mas recias que tempestades.

¿I cómo salí de apuros?
Solito con mis espías
Cautivé yo esas harpías,
I sin gastar ni dos duros.

—Con promesas, ya se entiende,
Pero a nombre del gobierno,
Recibiéndolas mui tierno
Como a todo el que se vende;

Aunque despues, es verdad,
No cumplí palabra alguna,
Cuando hubo ya mi fortuna
Deshecho la tempestad.

¿Qué decis pues a todo esto?
I hablando en plata i mejor
¿Qué hubiérais hecho, *Valor*
En este embrollo indijesto?

¿Habréis encarcelado
Sin la mas leve justicia?
¿Premiaríais la malicia?
¿Al pueblo hubiérais forzado?

¿Al gobierno, proscripciones,
Atropello i demasías
En tranquilas ocasiones,
Fiero le aconsejarías?

¿Cierto que nó! I en tal caso,
¿Cómo premios pretendéis
I que me nieguen quereis
El pago de tanto paso?

Ah! nó, la guerra civil!
Es la que vale en el día,
I no aquella que se hacía
Allá en *el cinco de Abril.*

No pudiendo el veterano
 Contener mas su impaciencia,
 Grita con mucha violencia
 «¡El Gobierno es un villano!»

Mas temeroso que hubiera
 De sacar contra ella espada,
 Dijo: yo no he dicho nada,
 Ni tampoco lo dijera;

Pero al salir, entre dientes
 Dijo con mui buenos modos,
 «¡Mejor premiaban los Godos
 Que no los independientes!»

M. BLANCO CUARTIN.

La penitencia de Maria de Joisel.

(Continuacion.)

XII.

ÚLTIMA PALABRA DEL PRIMER AMOR.

La curiosidad subió de punto; las señoras de las galerías levantáronse de repente, comiéndose puede decirse, con la vista al sombrero benedictino i a Maria de Joisel. Henrique Thomé estaba aterrado, perdido, fuera de sí. No pudiendo ya sobreponerse a su inquietud, volvióse imperiosamente hácia el fraile.

—Por fin, señor, quién sois? le preguntó a su vez.

—Soi Felipe de Montbrun, contestó el religioso con gravedad; soi Felipe de Montbrun: así no acuseis a esa mujer de mi muerte, no la acuseis por sus culpas; Dios que ha visto sus lágrimas la ha perdonado. No lleveis adelante vuestra cólera; vine aquí por la misericordia de Dios, segun las leyes Santas del Evangelio. Mas culpable soi yo que ella: yo que he sido el demonio cuando ella era todavía un ángel de belleza i de virtud; yo que he sido la serpiente maldecida que la llevó al pecado. Pero habia un culpable mas culpable que yo, i este era mi primo el procurador Pedro Gars de la Verrière.

El matrimonio es una lei divina i humana que liga con el amor al hombre i a la mujer; pues bien: el procurador Pedro Gars de la Verrière no era hombre: habia perdido al envejecer todo lo que Dios nos da de noble, de grande i de jeneroso: ya no tenia ni alma ni corazon. Sé mui bien que hubiese sido una resignacion subliime para Maria de Joisel, consagrar a ese hombre su belleza, su gracia, su virtud, pero la mujer es débil; Dios lo quiso así.

El presidente interrumpió a Montbrun.

—Hermano, le dijo con sequedad, no es un sermón lo que os pedimos; la justicia no es aquí una escuela. Decid simplemente ¿cómo es posible que vos, Felipe de Montbrun, os halleis en este lugar?

—Maria de Joisel no lo ha dicho todo; a ella sola se ha acusado, i sin embargo hubiera podido acusarme a mi con mas fuerza i mas verdad; pero todo eso es fuera del caso. He venido, sabiendo lo que pasaba aquí por el Padre Prior de nuestra abadía; quería volver a ver a la pecadora en su

arrepentimiento, esperaba que me permitirian levantar la voz en su favor a la vista de tanto ultraje.

Montbrun se acercó dos pasos hácia Maria de Joisel que principiaba a volver en sí. Veia i escuchaba a su primer amante sin creer ni a sus ojos ni a sus oídos.

—Vos! vos! dijo llevando sus manos a la frente.

Montbrun se acercó mas.

—A dónde estoi, Dios mio! gritó ella estremeciéndose.

El procurador jeneral tenia la palabra; Montbrun pudo decir algunas cosas a Maria sin ser oido de los curiosos.

—No temais, Maria, no he venido a quejarme, sino a deciros, esperad! ya he muerto para el mundo, para ese mundo a quien perteneceis. Maria! He renunciado a todo, me he refugiado en la oracion i en el amor hácia Dios; ese amor no engaña, porque es infinito; las lágrimas que allí se vierten son las mas dulces. Adios, no tengo nada mas que decir en este lugar, me vuelvo para siempre a mi querido refugio, voi a rogar por vos. Adios!

Inclinóse, levantó su capucha i dirigióse con paso grave hácia la puerta.

—Adios, pues, dijo Maria suspirando.

El alegato de Talon fué curioso, pero sin luz ni vigor, no ocupándose sino de citaciones, hizo mencion de todas las leyes romanas i francesas sobre el adulterio, sin encontrar un ejemplo elocuente para su causa, habló en pro i en contra, para que resaltase mejor la verdad. Puede decirse que participaba del voto de los asistentes, todos favorables a la desgraciada madre, ultrajada i maldecida por sus hijos; se inspiraba tambien de los preceptos del Evangelio, pero sin encontrar la palabra divina. Su última palabra, esperada con ansia por los espectadores, con angustia por Maria i Henrique, su última palabra fué por el matrimonio.

La Corte conformándose a las conclusiones de Me. Talon, pronunció lo siguiente:

«La Corte, visto la requisitoria de los parientes maternos, los ha recibido en juicio; sin pararse en la oposicion de los parientes paternos, ordena que la sentencia del 29 de enero sea ejecutada, i en consecuencia pasado este término sin embargo de la oposicion formada a las amonestaciones; condena a los contrarios a las costas, sin poder aun Maria de Joisel apelar contra el decreto del 9 de marzo de 1673, el cual será ejecutado.

Hecho en el Parlamento, a 21 de junio de 1684.»

Cuando se pronunció la sentencia, Maria de Joisel, Henrique Thomé i la anciana tia no pudieron contener sus lágrimas. Llevaron a Maria a la prision donde debia quedar todavía hasta el dia del matrimonio. Madama de Montreuil la dejó prometiéndole mandar su carroza para llevarla a la salida de la iglesia: quería que su sobrina con Henrique pasasen en su castillo los primeros tiempos de su enlace.

Pero al dia siguiente, cerca de las dos de la tarde, cuando Henrique acababa de salir de la celda de Maria, sor Marta vino anunciarle la visita de un benedictino, quien traía un permiso espreso del arzobispo. Maria tembló, titubeó i cayó en su silla cubriéndose la frente con las manos.

—El! dijo con voz ahogada. Entró este, grave, triste i silencioso.

—Hermana, murmuró con voz sorda, levantaos i venid: he rogado mucho por vos i por mí. Viendo que Maria no le contestaba:

—No temais nada, ya no soi más que la sombra de Montbrun, una sombra que se arrastra hacia la vida eterna por el camino del arrepentimiento. Os he querido, María, os he seducido, os he extraviado; hoi, ya no tengo amor sino por el Señor. Mas, vuestro recuerdo viene a menudo a perturbarme en mis plegarias nocturnas; he querido volveros a ver, tocaros la mano, esa mano que dos veces me ha herido en el corazon. Perdonadme, ese es mi último adios a las cosas de aquí abajo.... María, no me veis? no me ois? os hablo i os presento la mano, la mano de un hermano..... Dignaos tocarla i todo se habrá concluido!

María levantó su mano con lentitud.

—Habeis sido mui cruel, Montbrun; habeis dejado correr once años mortales sobre mi corazon, con la idea de vuestra muerte.

No sabeis lo que he hecho para olvidar mi amor i mi crimen. Con vos no era todavia una mujer perdida, era una mujer amante que sabe hacerse perdonar a los piés mismos de Dios, a fuerza de amor. Pero, desde el dia fatal en que fui a herir vuestro corazon con mi puñal, me he abandonado a todos los extravíos de las locas prisiones. Cruel! mil veces cruel! ¿Por qué no haberme avisado vuestro retiro del mundo? Con qué gozo, triste sin duda, pero suave i querido para mi corazon, hubiese ido a refugiarme en un convento, léjos de vos, si hubiese sido necesario, pero siempre con vos, por la oracion, que tranquiliza; por el alma, que cree en Dios!

—No os negaré nada, María, porque hoi mi corazon no se esconde. I bien, esa mujer a quien, con el golpe que me asestasteis, heristeis mortalmente, esa mujer rogó a Dios en ese dia por la primera vez de su vida, rogó por mi salvacion. Dios me salvó, me salvó dos veces, el cuerpo i el alma; porque, enternecido por el llanto de mi desgraciada amante, rezaba tambien; así podeis adivinar desde qué tiempo principió mi conversion. Se convirtió ella con el mismo ardor; tenia una hermana en el convento de Santa Margarita, fué a juntarse con ella. Pero como entre las mujeres, los celos duran mas que el amor: no quiso tomar el velo sino cuando le hize el juramento de renunciar al mundo i a vos, a vos la mas bella, sino la mas amada de todas....

—Qué! gritó María llevada por los recuerdos de su antiguo amor. Qué! ¿la amasteis mas que a mí?

Levantóse mui turbada.

—¿Quién sabe? murmuró el benedictino, habeis sido la primera, ella fué la segunda; ¡pero estamos tan léjos de ese tiempo de tempestades i de peligros!

—Tan léjos! dijo María. Ah! bienaventurados los que olvidan!

—Vaya, vaya, María, vos fuisteis la primera en olvidar, habeis olvidado mas que yo. ¿Creeis que no he puesto un cilicio sobre mi corazon antes de acercarme a vos?

María de Joisel se echó como ciega en los brazos del benedictino.

—Ah! bendito sea Dios! gritó con júbilo, ahora sí que puedo morir! Oh! Montbrun! qué gusto es

morir pensando que despues de tan larga ausencia vuestro corazon no me ha olvidado!

—María! María! por favor, olvidémonos con todas nuestras fuerzas, acordaos que ese corazon que siento latir sobre el mio ya no me pertenece ni a vos misma, sino a ese jóven noble que ha venido a derramar sobre vos las bendiciones del matrimonio i de la familia.

María arrancóse de los brazos de Montbrun.

—Henrique Thomé, dijo levantando los ojos al cielo, Henrique Thomé! me habia olvidado, de él!

Un silencio siguió a estas palabras.

—Pero, continuó inclinando la cabeza, si no puedo ser dueña de mi corazon ni por vos ni por mí, a lo ménos puedo levantarlo hácia Dios.

—Sí, María, allá arriba es donde os espero. Mirad mi fúnebre palidez i mi abatimiento, no me quedan sino mui pocos años de vida: yo estaré arriba mucho antes que vos.

—Antes que yo! Dios solo lo sabe. Mas, me engañais todavia, porque esa mujer a quien tanto habeis amado, será la que buscais entónces.

—Esperándoos, puede ser.

El fraile sonrióse con su graciosa sonrisa de otros tiempos.

—Mas, replicó apoyando el cilicio sobre su corazon, me apresuro a deciros el último adios; porque si me quedase una hora mas a vuestro lado, ¿de qué me servirían once años de lucha i arrepentimiento? adios, María!

—Ah! dijo ella con un grito de angustia, ¿por qué habeis vuelto?

Montbrun habia vuelto a revestirse de su careta de hielo.

—Tendió su mano blanca i seca; María la tomó con frenesí.

—Nó, nó, no podeis dejarme tan luego. Pensad que es nuestra postrera entrevista.

—Sobre la tierra.

—Ah! si fuera posible creer encontrarnos en el cielo!

—Esperad en Dios.

—Os digo que no partais tan luego. Apenas os he visto, apenas me habeis hablado. Contadme pues, todo lo que ha pasado durante esos once años! Quiero saberlo todo.

—No os lo he dicho ya. Iba á morir, rogaron por mí, Dios cambió mi corazon así como él de la que rogaba; debíle la vida, ella me permitió consagrarla á Dios, eso es todo.

—Pero, yo esperé en la calle Hautefeuille, os esperaba como una loca desesperada, de dia i de noche sentada sobre las piedras. ¿Por qué no haberme escrito la verdad? El tercer dia, oí gritar la muerte de un jóven capitán que se habia suicidado en los brazos de su querida; me volví a casa moribunda, queria morir; pero ¿puede una desgraciada tener la fuerza de morir antes que le llegue la hora.

—Yo, supe con vaguedad que os habiais consolado. Era una mujer no mas, me dije. Supe, ahora cuatro años, que mi indigno pariente, Pedro Gars de la Verriere os habia hecho aprisionar por toda la vida, segun sentencia que habia obtenido en contra vuestra. Dos veces he buscado modo de acercarme a vos, primero encuentre un alcaide inflexible; ahora he pedido por carta de nuestro Prior, un permiso al señor arzobispo; mas no ha contestado; i solo por una segunda carta escrita

en esos últimos días, es que se dignado contestar según mi pedido. Vuestra historia hizo mucho ruido hasta en nuestra soledad; se sublevó mi corazón cuando supe que vuestros hijos iban a depone en contra vuestra; por eso es que he ido al tribunal con el firme propósito de defenderos sin darme a conocer; pero ¿cómo puede uno esconderse cuando el corazón habla tan alto?... Adios, Maria.... Adios!

Montbrun se dirigió rápidamente hacia la puerta de la celda.

Maria corrió a él, pero Felipe se arrancó de sus brazos i salió sin dejar traslucir su dolor. Ella cayó medio muerta sobre su lecho, escuchando con el corazón i el oído el eco del sombrío pasadizo que repetía el adios eterno de Montbrun.

XIII.

LA NOCHE DE BODAS.

Montbrun había aparecido como una sombra. Henrique Thomé mas cariñoso, mas amoroso que nunca, volvió poco a poco a recobrar su imperio sobre Maria de Joisel. Fué con un verdadero gozo que vió llegar ésta el día de su enlace.

Este matrimonio tan celebrado se hizo tres semanas después de la sentencia. No se puede contar mejor los detalles de la ceremonia que reproduciendo el proceso verbal del ujier. No hai otro ejemplo de semejante himeneo.

Después de enumerar todos los actos necesarios de que se hizo mencion en dicho proceso verbal, dice:

«Nos hemos transportado acompañados con nuestra asistencia, a la casa de Refugio, arrabal San Marcelo, i estando allí en la reja, hemos preguntado por la señorita Amelin, superiora de aquella casa; la cual habiendo llegado, i después de haberle leído i dejado copia de la sentencia, la hemos requerido para que nos entregue a la señorita Joisel, para, i según deseo de la Corte, conducirla a la Iglesia de San Medardo, para que, en nuestra presencia se proceda a la celebración del matrimonio. Hecho esto, la señorita Amelin, para conformarse con lo mandado, hizo abrir la puerta que sirve de entrada a la casa, i nos entregó, en nuestras manos, a la señorita Maria Joisel, de la cual hemos hecho mencion en el registro de la casa, i han firmado: *Joisel, Amelin, Superiora.*

Esto hecho, hemos hecho subir a dicha señorita Joisel en una carroza, i conducirla a la iglesia i parroquia de San Medardo, en la cual se encontraba el señor Thomé, i después que fueron desposados i casados por el señor Cornier, vicario de la parroquia, i que mencion se hubo hecho sobre los registros matrimoniales de la dicha, hemos entregado a la señorita Maria Joisel en manos del señor Thomé, su esposo, según el deseo de la lei, de lo cual hemos redactado el proceso verbal, con presencia i asistencia de Champion, ciudadano de Paris i otros testigos.

Concluirá.

La pobreza i la opulencia.

FÁBULA.

En un lecho de encajes recamado
I entre almohadones de amorosa pluma
Tendióse la *Opulencia*; pero en suma
La noche fué vijilias i cuidado.

Al otro día, dijo, he trasnochado
I ya el desvelo siento que me abruma;
I dirán que el magnate arrellenado
Duerme, come, descansa, bebe i fuma!

Pues yo, dijo un acento lastimero,
Sin despegar los ojos he dormido
I además un ensueño lisonjero

No obstante la modorra he conseguido.
«Ya lo creo, contesta *la Opulencia*
Mas no dormiste tú, fué tu *conciencia.*»

M. BLANCO CUARTIN.

El manuscrito de un loco.

LEYENDA.

(Continuacion.)

VIII.

—En vano será que os recuerde aquella última escena, en que vos desesperado me suplicabais que no apurara el veneno que tenia en mis manos.... Ah! Julian, era imposible que atendiera a vuestros ruegos, porque mis sufrimientos habian llegado al colmo del dolor. La muerte.... la muerte era para mí la suprema felicidad.... Conocia que iba a cometer un crimen, tan repugnante para Dios como para los hombres, pero mis fuerzas estaban agotadas, mi razón estraviada, i es por eso, Julian, que no di oído a vuestras palabras.... Ah! si hubierais podido comprender lo que sufría.... Pero sois jeneroso i me perdonareis, no es verdad, Julian?

Yo comprimí el rostro con mis manos i dije apenas:

—Basta, basta!

—Oidme, tengo derecho para exijiros que me escuchéis.... Me juzgais mal i debo vindicarme. Conozco que ya todo para nosotros se acabó, pero no quiero que alguna vez me acrimineis sin razón. Julian, oidme.

—Hablad, Lucila, murmuré.

—Apuré el veneno, siguió Lucila con voz tranquila i reposada, i nada supe de mí.... nada.... ignoro el tiempo que permanecí insensible.... Desperté en un lecho angosto i duro, esparcí la vista a mi alrededor i ví muchos otros lechos como el mio. Me creia presa de un sueño horrible i principié a dar voces.... Una mujer se me acercó.

—Dónde estoi, gité.

—En el hospital, me dijo la mujer.

—En el hospital! I quién me ha traído aquí?

—Ayer os trajeron, no sé de donde.

Estaba muy débil, i una opresión al pecho que espermenté, me privó de la poca razón que me quedaba.

Al día siguiente.... no recuerdo bien si fué al día siguiente, Julian.... un día en que acababa de despertar, se acercaron dos jóvenes a mi lecho. Hablaron un momento, al parecer sobre mi enfermedad, después, me dijo uno:

—Animo, muchacha, ya estais fuera de peligro, i si mañana teneis tan buen día como hoi, no permaneceréis mucho tiempo aquí. El veneno que habeis tomado, no era de los mas activos.

—I habeis escapado por casualidad, añadió el otro, ya estabais desnuda sobre el mármol cuando

conocimos en vos un resto de vida, i mediante una operacion bien dirigida os encontrais en este estado.

—Con qué, siguió el primero, es preciso que os restablescais para que nos paguéis este servicio, pues nos debéis nada ménos que la vida. Nosotros somos practicantes en medicina, en el gabinete de historia natural....somos excelentes muchachos, nos gusta la buena vida, i si vos haceis un esfuerzo para sanar.... ya veréis.

Ah! Julian, suponed cuánto debia sufrir al oír semejantes razones!....

Tanto, tanto he sufrido que ha habido momentos en que he dudado hasta del mismo Dios!

Permanecí en el hospital mucho tiempo i siempre oía de los practicantes proposiciones infames.

En vano preguntaba por vos i por mi esposo, nadie me daba razon.

Ah! no quisiera recordar esas noches de insomnio i de crueles angustias!

A mi pesar traia a la memoria todas aquellas personas queridas i lloraba desesperada.

Ah! nadie, nadie viene a verme, me decia, ni aun Julian, tambien me abandona!

—Basta, Lucila, no prosigas, dije zolozando, bien sabes que jamás te has apartado de mi corazon i que tu has sido el único Dios que he adorado sobre la tierra. Sabes donde despertaba yo cuando tú despertabas tambien en un hospital?... En una casa de locos, Lucila!.... En una casa de locos, con mis miembros sujetos por fuertes correas i pronunciándome a gritos tu nombre.... Ah! te hubiera buscado hasta encontrarte, pero... no podia.

—Soi mui injusta con vos, Julian, os ofendo sin quererlo.

—Prosigue.

—Un dia volvió uno de los practicantes i me dijo:

—Ya estais buena, debeis salir hoi, el aire exterior os sentará mejor. Talvez no tengais donde vivir....

—Así es la verdad caballero, le dije.

—Yo habia previsto esta circunstancia i os he arreglado un aposento donde estareis con toda comodidad; pero solo yo debo entrar i....

—Gracias caballero, le respondí con enerjía, tengo parientes donde ir.

—Bah! si es así antes de salir debeis pagar los gastos de curacion.

A semejante respuesta creí perder los sentidos. No tenia absolutamente nada para satisfacer esos gastos.

I en caso de salir me era necesario implorar la caridad pública.

—Qué resolvéis, me dijo el practicante, admitís mis propuestas?

—No caballero, le respondí con prontitud.

El practicante habló algunas palabras con la mayordoma i se fué arrojándome una mirada de furor que me dió miedo.

La mujer se acercó a mí i me dijo:

—Hoi podeis salir si pagais vuestros gastos.

—Ah! señora, le dije, nada poseo.

—Teneis parientes?

—Sí, murmuré.

—Ellos pagarán por vos.

—No están aquí....

—Donde estan, pues?

—Mui téjps.

—Escribidles.

—Ah! señora, por favor....

—Nada puedo hacer por vos, hija mia. Si no teneis como pagar serviréis algun tiempo en el hospital.

Ah! Julian, cómo tendría valor para escribir a mi madre!

Me resolví pues a servir en el hospital.

Pasé mucho tiempo en esa triste ocupacion adonde me habia conducido mi desgracia.

Cuánto sufrí en ese tiempo!....

Mi porvenir se presentaba tan sombrío i triste como el último dia de un reo condenado a muerte.

A quién dirigirme cuando saliera del hospital?

Aceptar proposiciones como las de los practicantes....Ah! Dios mio, vos sabeis cuanto me repugnaba....me era preferible la muerte.

Salí de allí, Julian, despues de haber servido cerca de siete meses, temblando de frio, porque solo tenia un pequeño pañuelo que cubria mis hombros, i me dirigí a la casa de locos.

Iba a ver a mi pobre esposo, Julian!

Pero supe que hacia pocos dias que habia salido.

Qué hacer? Llena de desaliento apenas tuve tiempo de llegar a una granja vecina donde me acogieron por caridad.

—I en la casa de locos, interrumpí yo, no preguntasteis por otra persona?

Lucila guardó silencio un instante, despues añadió:

—Nó Julian, no conocia a nadie mas.

—Oh! grité yo, yo tambien estaba allí!

—No lo sabia, murmuró ella con desaliento i con un rico pañuelo se enjugó las lágrimas, mas bien así, añadió despues.

—I por qué?

—Ah! Julian, vos lo sabeis demasiado.

—Teneis razon, dije despues de un momento, mas bien; pero yo, Lucila, soi quien debe alegrarse de ello. Estaba alucinado, así lo decia un médico, i era preciso creerle....Ademas, te creia muerta, porque yo te habia visto morir....Oh! hubiera sido terrible para mí tu presencia en esos momentos i....mas bien así. No es verdad?

—Ah! no sé, Julian, que responderos.

—Adios, Lucila, dije moviéndome del asiento por un movimiento espontáneo.

Lucila se puso de pié i con el ademan de una reina ofendida me dijo:

—No os ireis, Julian, yo lo quiero. Sentaos.

I caí desplomado en el asiento como fascinado, por el aspecto de Lucila.

—Julian, ya no me amais como ántes, me dijo.

Yo me estremecí.

—Es verdad, le respondí, solamente veo en tí el reflejo de otra mujer. Nuestro amor seria mui criminal i es preciso que me separe de tí, porque estando a tu lado me siento débil. Has cuenta que no me has visto. Yo no soi el Julian de otra época, como tampoco tú eres Lucila. Mi corazon ha cambiado tanto como mi fisonomia. Como esta será probablemente la última vez que nos vemos, te diré que he cumplido con el juramento que te hice de velar por tu esposo.... El está a mi lado, te ama con delirio, ya ves, Lucila, que hai un abismo entre ambos.... Ahora, adios para siempre!....

—Mi esposo! gritó espantada Lucila, icayó anoadada.

Yo habia hecho un poderosísimo esfuerzo par hablarle así.

Ya estábamos separados unos de otros con semejante revelacion.

I salí sin mirarla.

QUINTA PARTE.

LA MANO DE DIOS.

I.

Al llegar a la puerta, sentí la voz del conde de Pamerál que decia al portero:

—Cierra la puerta, quiero saber quién dá conversacion a Carolina.

—I sentí que tras él, el portero cerraba la puerta.

El conde pasó cerca de mí, sin verme, pues me habia colocado en un ángulo del pasadizo i le seguí a corta distancia.

El conde entró i yo me oculté tras las cortinas de terciopelo de las puertas del salon.

II.

El de Pamerál estaba visiblemente desasosegado.

Al entrar, distinguió a Lucila que aun permanecia anonadada, por mi declaracion, en el divan,

—Señora, le dijo acercándose, con quién habeis estado hace un instante? No me respondeis? añadió tomándola por un brazo.

Lucila murmuró algunas palabras incoherentes como quien despierta de un sueño i dijo acercándose al conde:

—Julian ¡ah! Julian, con qué es verdad que mi esposo está aquí?

El rostro del conde se puso lívido.

—Señora, yo no soi Julian, no me conoceis?

Lucila abrió los ojos i reconoció al conde.

—Todo es mentira, ha sido un sueño! pronunció con el acento de la desesperacion mas íntima.

—Señora, vos conversabais con otra persona hace un momento.

—De veras? exclamó en el colmo de su alegría la pobre mujer, con qué ha sido verdad? Gracias, Dios mio, porque le he encontrado!.... Pero, donde está, yo quiero verle!

—A quién, señora? dijo alarmado el conde.

—A Julian, para que me hable de él....

Difícil seria pintar el trastorno que sufrió el conde al oír semejantes palabras.

Sus ojos despidieron una claridad siniestra i respondió con voz cavernosa:

—Sí, señora, yo tambien necesito saber donde está. Pero antes, tengo que arreglarme con vos, señora!

Lucila habia vuelto en sí completamente i al reconocer al conde, quedó hecha una estatua.

—Escuchad: Sé vuestra historia, vos me la habeis contada, i por esta revelacion no seré vuestra tercera víctima. Las mujeres como vos están mandecidas de Dios i de los hombres. Señora, yo os he sacado de la miseria, os he hecho abandonar el rebaño que apasentabais en una granja para ganar un alimento mezquino, os he rodeado de riquezas i en premio señora de estos servicios me pagais suplantándome por otro?

—Dios mio! murmuró anonadada Lucila.

—Señora, siguió el conde, solo veo en vos la

personificacion del mal... no, no quiero caer en vuestras redes... porque sois capaz de todo... porque en vuestro corazon se ha estinguido todo sentimiento noble i jeneroso. Ahí teneis la puerta, señora, salid, que saliendo así habreis ganado!

Lucila no tenia valor para dar un paso.

El conde principió a pasearse a lo largo del salon, despues, deteniéndose frente a la que él creia Carolina, le dijo:

—Señora, ni un momento mas aquí!

—Ah! tened piedad de mí! exclamó Lucila arrojándose.

—Basta señora, siguió el conde, no quiero oír vuestra voz.

I la tomó de un brazo para arrojarla del salon. Yo me precipité a su encuentro.

—Deteneos, conde! grité.

—Julian! Julian! esciamó Lucila i se estrechó contra mi cuerpo.

El conde, de furor, temblaba como un azogado.

—Bien lo habia sospechado, le dijo a Lucila, este era vuestro amante, en seguida dirijiéndose a mí:

—Caballero, me dijo, un momento aun, escuchadme una palabra.

—Las que querais.

El conde hizo sonar un timbre.

I apareció un criado.

—Mis pistolas! le dijo.

El criado volvió al instante con una caja de caoba.

El conde abrió la caja i poniéndola delante de mí, me dijo con serena voz:

—Elejid!

—Esta, dije yo tomando una.

—A la distancia que gustéis.

—Qué intentais, me gritó Lucila os va a matar.

—Qué me importa, le respondí, este caballero será el único que me haya hecho el servicio mayor, todo se ha concluido para mí:... tu amor es imposible.

El conde vaciló un momento al oír las últimas palabras.

—Vacilais, conde? le dije.

—Es verdad, hai en todo esto, algo que yo ignoro.

Dejó la pistola sobre la mesa i me dijo:

—Caballero, quiero hablar con vos, tened la bondad de pasar a este aposento.

—Con mucho gusto, le respondí, deposité la pistola cerca de la otra i entré al aposento.

MANUEL CONCHA.

(Concluirá.)

Crónica de la Semana.

SUMARIO.—El gabinete se descompone i se compone.—Los cuatro no son mas que uno.—Ocurrencias sobre la memoria universitaria de D. Ambrosio Montt.—Un nuevo modo de contestar inventado por el Ferrocarril.—Muerte del Sr. D. José María Guzman.—La tela de Penelope.—El concierto a favor de la Sociedad de Instruccion Primaria.—Rumores.—Moneda sencilla.—Cambio de estatuas.—Unos nuevos ciudadanos.—Maldicion de una crinolina.—Exequias del finado jeneral arjentino D. Juan Lavalle.

Por fin ya tenemos en marcha para el Sur al Jeneral Ministro de la Guerra; i como somos fran-

cos, no podemos ménos de decir que lo sentimos i mui de veras, pues su lugar será reemplazado por el que ocupa actualmente el sillón del Ministerio de la Justicia.

Estraño parecerá, con todo, que un cambio semejante, que nada dice ni puede decir en la marcha de la política, sea causa de esto que hemos apellidado *sentimiento*; mas dejará de parecerlo, estamos seguros de ello, si se piensa que no porque salga uno i entre otro, o salgan todos i entren otros tantos, las cosas han de cambiar, ni lo que se piensa hacer ha de dejarse de ejecutar como se tiene ya dispuesto.

¡Qué preciosa es esa consistencia! ¡Cuántos cálculos no se necesita para imprimir este constante i uniforme movimiento a la máquina gubernativa! Verdad es, i esto lo saben hasta los *bambinos* de la escuela, que en esta uniformidad i constancia que admiramos poco o nada tiene que hacer el jenio administrativo, sino pura i simplemente nuestra paciencia; pero sea como sea, i venga el bien de donde viniese, el beneficio siempre es beneficio i como tal debemos tomarlo i gozarlo como nos lo dan, llenos de placer i reconocimiento.

Sin embargo, uno de esos yankees ajitadores, uno de esos habitantes de esa república feliz en que se ha descubierto el *cómo* i el *por qué* de la felicidad social, decíanos, no hace mucho: «desgraciados aquellos pueblos en que *cuatro* no son mas que *uno* o en que *uno* hace las veces de *cuatro*».

Como era natural, sobrecojido por esta especie de axioma o aforismo político, repliquéle que no entendia el caso; mas él sin cuidarse de mis entendederas, lanzóme una rumfla de *yes*, i salióse sin escuchar siquiera las gracias que creí oportuno darle por sus afirmativas.

El yankee, pues, pensándolo bien, es hombre que sabe donde el zapato le aprieta i por lo mismo incapaz de decir un desconcierto. Sí, señor, el dicho suyo es bueno, es exacto; i de ello me he convencido recapacitando que lo que queria decir en su enigma no es otra cosa: que no hai mayor desgracia para un pueblo que un gobierno formado de cuatro personas que sumadas todas no dan por resultado mas que la unidad pelada o monda i lironda, como dice el refran.

Para convenceros de esto que os decimos, no teneis que hacer mas que una suma, pero, eso sí, sumando como voi a esplicároslo palmariamente.

1 Ministro X en la secretaría de Hacienda. 0

1 Ministro I en la id. de Justicia..... 0

1 Ministro S en la id. de Guerra..... 0

1 Ministro V en la id. del Interior etc. 1

Ahora, pues, sumemos: cero i cero, cero, i cero, cero, i uno, *uno*. Pongamos pues *uno* debajo de la columna de las unidades. Hecho esto no nos queda mas que formular esta proposición: cuatro ministros sumados, segun todas las reglas de la aritmética no dan, ni pueden dar en nuestras actuales circunstancias, mas que un ministro i eso a gatas.

Si todo esto no os satisficiera, o mejor si esta suma os pareciese mal hecha, os diré para tranquilizaros, que la dificultad está no en sumar las unidades que preceden al nombre sino en reunir los ceros que estas unidades representan; lo cual, como lo veis, una vez entendida la clave, no ofrece la menor dificultad, ni podrá ménos que persuadirnos de la exactitud de la operacion.

Ved, pues, por lo que os decimos, si el Norte Americano tenia razon en deplorar nuestra suerte, i si la aritmética, que es adonde vamos, es ciencia capaz de probar la abundancia o la pobreza de las intelijencias con que puede contar un gobierno.

Dicho i probado, como lo acabamos de hacer, que los *cuatro* no son mas que *uno*, el sentimiento que teniamos de ver partir para la Araucanía al señor Ministro, i el mucho mayor que abrigábamos de que el señor Sotomayor lo reemplazase, ha venido a quedar en nada, o mejor, a quedar en que nos quedamos lo mismo que estábamos, es decir, *quedados* i mui quedados como aquel que, segun Quevedo, ni subia ni bajaba sino que estaba siempre como estaba a pesar de todos sus vaivenes.

Compuesto, como vemos, el gabinete de entidades negativas i descompuesto en una de sus negaciones, es claro que ni se compone, ni se descompone, ni puede descomponerse mientras el número único a quien dan valor aquellos ceros, no sufra alteracion ninguna o venga a refundirse (lo que no sucederá) en otras unidades que lo absorban.

Escribiendo esto, no hemos podido ménos que pensar en la *Memoria* del licenciado don Ambrosio, de la que sin querer hemos tomado la argumentacion: ved ahora si el mal ejemplo es pegadizo, i si los hombres como el señor don Ambrosio deben enorgullecerse del triste don que han recibido del cielo para embrollar el entendimiento de los que los leen i tienen el coraje de admirarlos.

Conversando sobre esto con un antiguo camarada de colejio, decíame que la *pieza* de prueba de este caballero era única en su jénero, i por lo mismo que debía recomendarse su lectura a los aficionados a la política. Sí, me decia, lo que dice don Ambrosio es nuevo, es soberbio, i a mi pobre juicio no puede tener precio ninguno a fuerza de tenerlo mucho. ¡cómo no he de decirlo así, amigo, me añadía, cuando no hallo en todo lo que se ha publicado en Chile, ni opúsculo, ni panfleto, ni folleto, ni libro, en fin, que pueda hacerle pendiente?

Al oír esto, acórdeme de una *Memoria* que publicó el *Progreso* por los años de 42 i que, segun se dijo entonces, habia sido leida en un certámen filosófico para obtener el empleo de profesor en filosofía en uno de nuestros conventos. El título de ella era: *consideraciones sobre la tripa umbilical*, o pruebas de la existencia del Ser Supremo por medio del estudio de los intestinos gruesos.

Para que veais que no ando fuera de camino en la analogía, buscad, lectores, el *Progreso* del año que os he dicho i leed por gusto el trabajo éste, que estoi seguro que habréis de decirme que la *memoria de la tripa* i la de la *soberanía popular* si fuese posible trasladarlas a la estatuaría, bien podrian colocarse sobre una chimenea haciendo pendientes.

Como las ideas vertidas por el autor del trabajo universitario, no son, con todo, conformes con las mias, ni con las que el mismo señor ha espresado en varios otros trabajitos que ha dado a luz, pensé escribir, i aun borrajé alguna cosita, contestándolo; pero me he arrepentido de mi audacia

con solo la consideracion de que hai ciertas cosas que no deben contestarse o, si se contestan, que se responden como lo hace el *Ferrocarril* de dias a esta parte, es decir contestando sin nombrar persona, ni dando el menor indicio del individuo a quien se dirige.

Decimos esto, porque en esta semana ha eliminado de los boletines el nombre de *La Discusion*, respondiendo sin embargo vagamente, i sin hacer la menor alusion a ella, a las razones que ésta le sopla como banderillas a toro marrajo.

Reflexionando un poquito, el descubrimiento del *Ferrocarril* es bueno, bonito, ingenioso, aunque, segun se nos figura, no es mas que el plajio de aquel loco que, hostigado de las razones del loquero que queria volverlo a la razon a fuerza de silojismos, habia dado en contestarle a todo sin nombrarlo, i sin siquiera echarle la vista encima.

Mas sea plajio o no sea plajio, el ardid es magnífico; porque así uno tiene la ventaja de responder lo que quiere i lo que no quiere echarlo a la *buchaca* i quedarse, que es lo que importa, sin recibir contestacion de ninguna especie.

Con todo hai quien dice, que eso de callar el nombre de los combatientes es una táctica del *Ferrocarril* que juzga que el medio de anular a sus adversarios es no nombrarlos, es no honrarlos con la gloria de que aparezcan inscritos en sus honorables columnas. Si es así, el sistema es bueno, pues, ¿qué mejor que castigar a un enemigo con el silencio que produce un soberano desprecio? Lo que es por nosotros, hace tiempo que sufrimos esa pena, i os lo aseguro que pocas veces se ha tenido tanta destreza para castigar nuestro desatado amor propio. Hemos muerto, pues, para nuestro cólega, i lo que es sensible que ni siquiera le hayamos merecido una línea en forma de necrólogia. ¿Sí hará otro tanto con *La Discusion*? Pero para qué meternos en rentas del escusado, cuando ella, sabrá, si le duele, decir lo que la lastima?

Ahora que hablamos de muertos, no puedo ménos que traer a la memoria la pérdida que ha hecho nuestra sociedad con el fallecimiento del señor don José Maria Guzman. Antiguo patriota de la Independencia, diputado al Congreso, i mas que eso, noble i respetable caballero, su persona era objeto de las mas distinguidas atenciones de parte de la buena sociedad en que figuraba en primera línea. Su carácter bondadoso, su jenerosidad han sido proverbiales; así no es extraño que en todas partes se hayan visto el pesar en los semblantes al mismo tiempo que el elojio en todos los lábios; testimonios que mui raras veces concede el hombre a los que no existen i por lo mismo nada pueden importarle.

El recuerdo histórico que honra mas la memoria del ilustre finado, i que creemos será imperecedero en los corazones republicanos, fué aquel que nos representa al señor Guzman hablando con entereza, a nombre del pueblo de Santiago, al Dictador O'Higgins en la memorable jornada que dió por fruto su abdicacion; hecho que bien puede decirse se debe esclusivamente al arrojo i patriotismo de los nobles patricios que tenia entonces la República en los primeros puestos.

Esto dicho, la familia del señor Guzman, si es que pueden algo para mitigar el dolor las consi-

deraciones que hemos apuntado, puede tener en medio de su pena la satisfaccion de oír decir a todos los buenos, que Chile ha perdido con la muerte de su ilustre deudo a uno de sus mas caros i respetables recuerdos, uno de sus mas cumplidos ornamentos.

Las filas de los buenos ciudadanos se aclaran: la muerte nos lleva cada dia una antigua gloria, un recuerdo querido, un nombre ilustre, al paso que el ejército de los malos parece robustecerse cada dia mas con los nombres de los que han visto la luz, como insectos venenosos, en la densa oscuridad de las tinieblas.

Pero no unamos, por Dios! a las lágrimas de respeto, las amargas carcajadas que producen en el ánimo la desventura i el desengaño.—Nó, paz i gloria a los manes de los buenos, que siquiera en la triste memoria del sepulcro no se codeen, como ha sucedido en la vida, los que han sido el honor, el consuelo de sus semejantes con los que no nos han servido sino de insulto e ignominia.

No se sabe a punto fijo que motivo es el que obliga al *Mercurio*, diario a que presta tanta atencion el extranjero, a estar desde hace algun tiempo como jugando con la razon para venir despues a caer en el desprestijio, que naturalmente sucede a toda manifestacion de actos contradictorios i sin conciencia.

Hasta el *Ferrocarril*, que en materias de lójica i buena fé no es el que debemos tomar por pauta, ha tenido en uno de sus boletines el talento de poner (como el dice a cada instante i venga o no a pelo) *en tela de juicio* las contradicciones de que venimos hablando.

I en efecto ¿qué mas inconsistencia en los principios, que mas vaguedad de ideas, qué mas teje i maneje de conceptos que alabar hoi, por medio de su colaborador, la política presente haciendo de paso el retrato laudatorio de los hombres mismos a quienes a renglon seguido se combate editorialmente?

De este barullo de las ideas del *Mercurio*, puede deducirse fácil i exactamente, lo que a la verdad sentimos deveras, que su conciencia política sigue el rumbo que le marca el aire de la política, es decir que sube i baja segun la presion atmosférica que experimenta.

Pero qué diablos! cuando se ha llegado a la altura de ser el representante de las ideas jenerales de un pueblo, como lo es en realidad el *Mercurio*, no se concibe como es que la timidez lo lleve a deshacer, como se dice vulgarmente, con el pié lo que ha hecho el dia anterior con la mano.

¿Por qué pues nuestro cólega imita a Penelope en el trabajo de su tela? ¿Qué teme, que es lo que cree, cuando se asusta al dia siguiente de lo que ha celebrado la víspera? Si los jurados de Valparaiso son todos afiliados en el rejimiento de los gobiernistas, si, como es verdad, cayendo bajo sus fallos cualquiera publicacion independiente no puede ménos que salir multada, tambien es verdad que siguiendo una marcha circunspecta, pero atinada i certera, no habrá lugar a temer acusacion ninguna. La inconsistencia de doctrina que notamos en el *Mercurio* es, en fin, imperdonable; sus antecedentes, el rango que ocupa ya en la prensa Sud América i el papel que con justicia representa entre nosotros, le imponen como un

deber imprescindible dejar esa vacilacion, esa pequenez, ese miedo que cuadran tan mal con el que, por otra parte, la echa, i quiere echarla de independiente.

Que esa táctica miserable, que esa conducta pueril i ridícula fuese obra del *Comercio*, diario exclusivamente sostenido para defender la injusticia i la torpeza, de seguro que no lo estrañariamos sino, por el contrario, haríamos votos porque no desistiere de sus propósitos.

Perdonemos nuestro cólega (hablamos del *Mercurio*) esta manifestacion amistosa, i dejando esos vaivenes e irresoluciones que, con razon le motejamos, prosiga su carrera de otros tiempos sin que le importen ni le intimiden los brujos que lo mortifican i con quienes sueña como Carlos II el hechizado a cada momento.

Ya sabreis lectores el resultado del concierto dado por la sociedad de Instruccion primaria. Tan laudables trabajos han llenado de placer a la sociedad; i cómo no ser así, cuando vemos que la belleza i la juventud toman una parte tan activa i eficaz en el desarrollo de las ideas jenerosas. La carta que el señor Peña ha dirigido a las jóvenes que tuvieron la complacencia de tomar parte en la funcion de esa noche, es un testimonio que debe enorgullecerlas; por cuanto ella no es mas que la espresion verdadera de lo que siente el público.

Para pintar a las mujeres, dice Diderot, es menester mojar el pincel en el arco iris i al dar cada toque dejar correr de la paleta, como el perro del peregrino, una perla, un dije que envuelva todo el amor que ellas nos inspiran. Esto dicho ¿qué puede decirles el *Duende*, privado como está de embeber su pluma en la ilusion i la esperanza? No obstante el entusiasmo i la admiracion son capaces de convertir en *perro de la fábula* a cualquiera que sea capaz de sentirlos, así como la carencia de ellos esteriliza hasta la fantasia de los que no han recibido del cielo el don precioso aunque funesto de poseer una alma de fuego.

Se corre, i mui válida, la noticia de que mui pronto tendremos un cambio de ministerio con el fin de que se cumpla la candidatura oficial de la misma manera que se realiza la conversion en Mariposa del gusano de seda.

Si esto es verdadero, debemos suponer que la *larva* está envuelta en el capullo i hecha ya, tal vez, crisálida; lo que dará mui en breve, para consuelo i gloria de todos, la *mariposa* del candidato que ha de seguir la hilacion lójica de la creacion de gusanos gubernativos, que es lo que nos importa mas que la salvacion del alma o la posesion de la bienaventurauza.

¡I diran los biolojistas políticos que hai creaciones espontáneas en nuestras repúblicas democráticas! ¿Qué mentir de demonios! Entre nosotros (i tonto será el que no lo crea) no hai ni puede haber sino la jeneracion seguida o trasmitida de lo que *fué* con lo que *será*, pésele a quien le pese. Lo espontáneo, lo que brota en nuestros malhadados pueblos, lo que nace de suyo no es el bien, nó, carísimos optimistas, sino el dolor, la vergüenza, el látigo, la opresion, plantas que se desarrollan sin raiz i solo a favor del aire mefítico en que nos envolvemos.

La vida de la *mariposa* es breve como el amor para que nacen, dice un zolvojista, así cuando acaban de lanzar los huevecillos, fruto de su ternura, caen desfallecidas i como para dar lugar a la reproduccion portentosa de su raza.

Si aplicamos esta teoría *entomolójica* a los gusanos políticos, la cosa no tiene sentido, pues apenas la larva ministerial ha tomado la banda, que son sus alas, léjos de *amar* como aquellas hijas del sol i del céfiro, i de poner huevecillos hijos de la embriaguez, principia a dar picotazos como las avispas i a poner *basiliscos*, como dicen las viejas que hacen los gallos cuando llegan a viejos.

En la política, como veis, hai tambien mucho de ciencias naturales, aunque, por otra parte, lo que se sucede en ella no tiene nada de científico ni ménos de natural i verosímil. En este concepto, desdígome de lo dicho, i gusano o no gusano el que ha de mandarnos, siempre será para nosotros una buena cosa, un dije precioso, una mariposa juguetona i alijera que ha de revolotear al lado de las flores opositoras para chuparles toda la miel que se deposita en sus cálices.

Otro rumor que ha esparcido el *Comercio* de Valparaiso por medio de su corresponsal, es que el Duende i el editor del *Mosaico* se han vendido i a bajo precio, al partido conservador o pelucon como se le llama desde tiempo atras.

Esta perogrullada de cierto que no ha corrido, pues es constante que el redactor de este diario no necesita venderse para sostener los mismos principios que propaló i defendió cuando redactó el *Conservador*, órgano del partido a que pertenece. Por otra parte ni redactor ni editor han recibido jamas un real del bando a quien defienden, sino, por el contrario, contraido por él compromisos i sufrido algunas molestias a consecuencia de la constancia i buena fé que siempre han manifestado en sus ideas.

Esta contestacion dada así, tan sériamente al *Comercio* os parecerá de seguro ridícula pero que hacer! a un corresponsal enguantado, a un diario que se llama ministerial es forzoso tratarlos con gravedad aunque sea para reir despues a carcajadas o a *quijadas batientes*, como dice el mismo *preclaro* noticioso a quien contestamos con el mismo placer que si bebieramos un purgante.

Se dice que dentro de poco tendremos una cantidad de moneda sencilla, cuya falta ha venido desde hace tiempo a estorbar los pequeños cambios necesarios al consumo. Como esto no es un remedio sino un paliativo a un mal que tiene hondas raices, no es el caso para dar las gracias al Ministerio de Hacienda, que, segun parece, en todo piensa ménos en ocuparse de una buena lei de moneda.

La economía política, digase lo que se quiera, no es la ciencia del gobierno, i si lo fuera hace tiempo que no tropezariamos a cada paso con una tranquilla que unida a las otras muchas que nos trabajan viene a completar el cuadro de los embarazos en que vivimos encerrados.

Plata sencilla, venga plata sencilla dice el comercio de menudeo, pide el artesano, pide la familia, etc., i a los dos años de este clamoreo, sale la prensa ofreciendolos como un parto del injenio

gubernativo, la amonedacion de una cantidad de décimos i quintos.

Por lo visto, lo que son dolores de cabeza no debe tener nuestro ministro de finanzas, i en esto hace mui bien, pues debe tener mui mal gusto el que quiera padecer jaqueca a fuerza de pensar en el bien público.

Si si asi hubiesen pensado Colbert i Turgot no habria dicho Voltaire al segundo cuando entró cojeando a visitarlo.

«Sois como la estatua de Nabucodonosor: teneis los piés de barro; pero la cabeza de oro.»

Mas por mucho que honre este dicho a Mr. Turgot; ¿no es mas preferible, decidme, tener las cosas al reves, tener la cabeza de barro i los piés de oro? Sí, lectores, la gota en la cabeza es mejor que la gota pedestre i mucho mas cuando lo que se necesita en este mundo es tener buenas correderas segun estan los tiempos de apurados i difíciles.

Dicen los diarios que la estatua del ilustre jeneral Freire será trasladada en breve a otra parte del paseo mas propia para el caso i mas digna de poseer la imájen del héroe nuestro compatriota.

El pensamiento es bueno, lo aplaudimos; pero no nos esplicamos como es que se ha tardado tanto en dar mejor lugar a un hombre que, de seguro, debe contar con el cariño del gobierno.

El hecho solo de haber calocado su monumento donde está, prueba que no se queria verlo en mejor sitio, i el hecho de cambiarlo a otra parte prueba asi mismo que se quiere reparar una falta que se moteja i se cometió talvez a sabiendas.

¡Hasta las estatuas están mal donde se hallan! ¿I no vendrá un tiempo en que todas las cosas, esten donde deben estar, segun su naturaleza i su importancia? Lo veremos.

Se nos ha contado, i con mucha seriedad, que en una de las parroquias de la capital ha tenido en estos dias lugar un suceso que de puro inverosímil llega a parecer mentira.

Es pues el caso, que una docena de burros i burras de esas que andan a las orillas del Mapocho, atraidos por el ejemplo de los pacos se acercaron a una de las mesas calificadoras, pero de un modo que parecia como que venian a tomar parte en la funcion de los vocales. Visto esto por el presidente, i fuera ya de sí a consecuencia de aquel desacato dicen que agarrando a uno de los dichos animalitos por la oreja, le gritó con todos sus pulmones; a calificaros a otra parte, almas de cantaro! lo cual dicen que hizo decir a unos de los pacos que alli custodiaba las mesas: no, señor, déjolo VS. que son de los nuestros.

I va de cuento.

Ha corrido en estos dias entre la muchedumbre, i de ello nos da cuenta el *Ferrocarril*, que ha llegado recientemente del Sur una jóven con el fin de que la Iglesia la liberte de la maldicion que no se sabe porque le lanzó su desapiadada madre.

El vulgo dice que la maldicion dicha ha sido tan poderosa, que la crinolina que usaba la infeliz se le ha trastornado en culebras, haciendo de ella una especie de Laocoon, con la diferencia de que

las sierpes no se han enroscado en la autora de sus dias.

Esta fábula o este hecho (porque mui bien puede serlo desde que la Cármen Marin se endemonió) ha ocasionado, como era natural, una sorpresa en el populacho, dispuesto siempre a creer en absurdos i patrañas. A los que asi opinen la única contestacion que les darémos para sacarlos de esta creencia absurda i repugnante sera: que si eso fuese cierto, los escritores ministeriales hace tiempo que habrian sido ahogados por sus corbatas convertidas en sierpes.

¿I porqué no habia de ser asi? ¿Acaso la maldicion de la madre del cuento puede mas que la del pueblo entero? ¿Los pecados de la infeliz doncella pesan mas en la balanza de la justicia, que los de la pandilla pecadora que se revuelca i unde hasta el pescuezo en el pecado i en la culpa?

En medio de nuestro constante fastidio, que ha venido a constituir un estado normal de spleen inaguantable, no hemos podido ménos de desarrugar el ceño al pensar en la ovacion que se ha hecho a los manes del ilustre i malogrado jeneral arjentino don Juan Lavalle.

Exhumadas sus cenizas del cementerio de Valparaiso i trasladadas a la Iglesia de San Agustin para recibir allí los honores funebres, la poblacion de Valparaiso, concurriendo a esta ceremonia ha creido, i con sobrada justicia, cumplir con el deber de rendir homenaje a los buenos servidores de la independenciamericana. Si este hecho honra al pueblo de aquella ciudad, debe probar a los deudos del valiente soldado de las filas de San Martin, que la gloria no tiene patria i que los servicios prestados a un continente hallan en donde quiera lágrimas i aplausos. La memoria del jeneral Lavalle es una de las mas puras i jenerosas que guarda la historia Americana: honor pues al que solo es hoy ceniza, pero *inmortalidad*, como dice un poeta i honor a los que así tributan ovaciones al merito i la virtud sin averiguar el sitio donde vió la luz ni donde prestó sus servicios el que es objeto de ellas.

Al hablar así, nuestro entusiasmo se levanta, i las lágrimas de gozo corren sin poderlas sujetar, pensando en que no se muere jamás cuando se ha poseido una alma grande.

EL DUENDE.

Advertencia.

Suplicamos a nuestros suscritores tengan la bondad de avisarnos si no reciben con exactitud el periódico, pues publicándose los sábados en la tarde, deben recibirlo a mas tardar el domingo por la mañana.

Imprenta del CORREO.